

Arte de amar a Dios en San Alonso de Orozco

RESUMEN

En este artículo de *El arte de amar a Dios en San Alonso de Orozco* nos adentraremos en una reflexión muy profunda e interesante, que hace el santo, sobre el corazón del Evangelio: el amor a Dios y al prójimo. El tema lo justifica como hijo intelectual, cultural y espiritual de la escuela salmantina del siglo XVI: con la Palabra de Dios, la cultura clásica y los Padres griegos y latinos a los que cita con frecuencia, lo que hace que su meditación esté en estrecha unidad con la tradición cultural y espiritual de Occidente. Para él, el amor de caridad es la única forma en la que el hombre puede responder al amor que Dios nos ha tenido primero al crearnos y redimirnos; esta respuesta al Creador y Señor solo se hace concreta y veraz cuando da frutos de amor al prójimo. Así la caridad será un acto de alabanza permanente al Señor por su Bondad y Santidad infinita, y será entonces cuando haremos de este mundo un anticipo del Cielo. Este sí es el motor del auténtico cambio y transformación en todo tiempo.

PALABRAS CLAVE: Caridad, Respuesta a Dios, Alabanza, Cielo, Transformación.

ABSTRACT

In this article of The Art of Loving God in San Alonso de Orozco we will enter into a very deep and interesting reflection, made by the saint, on the heart of the Gospel: the love of God and neighbour. He justifies the subject as an intellectual, cultural and spiritual son of the sixteenth-century Salamanca school: with the Word of God, classical culture and the Greek and Latin Fathers whom he quotes frequently, which makes his meditation in close unity with the cultural and spiritual tradition of the West. In his opinion, the love of charity is the only way in which man can respond to the love that God has had for us first by creating and redeeming us; this

response to the Creator and Lord only becomes concrete and truthful when it bears fruits of love for our neighbour. Thus charity will be an act of permanent praise to the Lord for his infinite Goodness and Holiness, and it will be then when we will make this world a foretaste of Heaven. This is the engine of authentic change and transformation at all times.

INTRODUCCIÓN

En este artículo queremos acercarnos al arte de amar a Dios que trata San Alonso de Orozco, especialmente en su obra *Arte de amar a Dios y al prójimo*, aunque este tema esté desarrollado en otras de sus obras como *Memorial de amor santo*, *Monte de contemplación*, *Historia de la Reina de Sabá* o *Tratado de la suavidad de Dios*, entre otras. Nos adentraremos especialmente en la primera citada, en donde hace una reflexión muy profunda e interesante sobre el corazón del Evangelio: el amor a Dios y al prójimo.

Como hijo de San Agustín hace muy suyo el principio de nuestra regla monástica y conventual: “Amemos a Dios y después al prójimo porque estos son los mandamientos principales que nos han sido dados”¹. Ese es el tema central de la obra, que justifica como hijo intelectual, cultural y espiritual de la escuela salmantina del siglo XVI. Queda palpable que era un enamorado de la Palabra de Dios, y un profundo conocedor de la cultura clásica (filósofos, literatos...) y de los Padres griegos y latinos a los que cita con frecuencia, lo que hace que su meditación esté en estrecha unidad con la tradición cultural y espiritual de Occidente.

Realmente, para San Alonso, amar a Dios y amar al prójimo es un arte, porque el arte es una actividad en la que el hombre recrea un aspecto de la realidad o un sentimiento en formas bellas; en este caso, recrea las dos manifestaciones concretas de la caridad.

En la primera parte de la obra considera el amor a Dios.

Reflexiona sobre por qué amar a Dios. Nos tomará de la mano para hacernos caer en la cuenta de la grandeza de la Creación y la

1 Regla de S. Agustín, Introducción.

Redención; para seguir interrogándose sobre cómo hay que amarle. Busca la respuesta en la Palabra de Dios: hay que amarle con todo el corazón, con toda el alma, toda la mente y toda la memoria. Nos justificará por qué el amor a Dios es el mayor mandamiento de la ley: nos mostrará cómo nos conduce a la vida eterna y cómo el amor da valor a todas las obras que hacemos. Y, por último, exhortará a que el amor del cristiano a Dios no sea por todos los bienes que nos ha dado, sino por Él mismo; que le amemos por amor y con amor.

No puede separar el amor a Dios del amor al prójimo, por eso ese tema será la reflexión de la segunda parte de la obra. No será consideración detallada de este artículo, pero no podemos dejar de mostrar su unidad porque para el evangelio, y también para S. Alonso en la línea agustiniana, no hay dos amores, sino uno solo, ya que el amor sin obras muere, y la caridad no puede ser estéril, sino que ha de dar fruto.

Como buen maestro de vida espiritual, recoge las ideas esenciales en la suma de este Tratado y, como sabe por experiencia que el amor es “el Espíritu Santo derramado en nuestros corazones”, nos adentra en oración para que pidamos el amor de Dios y supliquemos, como mendigos, el amor que tenemos que devolverle a Él y ofrecer al prójimo.

En este artículo he querido dejar hablar a San Alonso, que se escuche su palabra de autoridad y santidad. Precisamente hoy, que es tan importante redescubrir nuestras raíces cristianas. Él vivió también en un momento de cambios profundos de la cultura, la política, la geografía del mundo; que de manera paradójica estaba dividido por sus convicciones religiosas, a la vez que ampliaba sus fronteras con el descubrimiento del Nuevo Mundo. Quizás puede ser una luz para nosotros que vivimos en momentos de profundos cambios en todos los ámbitos de la vida pública y personal y no podemos perder de vista que somos ciudadanos del Cielo y estamos en camino hacia la Patria.

I. ¿POR QUÉ AMAR A DIOS?

1.1. El mismo Dios nos lo demanda porque es nuestro Creador y Redentor

San Alonso empieza su reflexión mostrándonos cómo es el mismo Dios quien nos pide que le amemos porque es nuestro Creador y nuestro Redentor. Y lo hizo en la historia de la salvación a través de la figura de Moisés, como prototipo y personaje clave del pueblo de Israel y del Antiguo Testamento.

En el nuevo Testamento será el mismo Jesús quien nos mandará en dos ocasiones amar a Dios como Creador y como Redentor, y la suya será la redención definitiva, pues es la del Hijo de Dios, que derramará su sangre, como Cordero Inmaculado. Cordero de Dios es enviado por el Eterno Padre: hijo suyo y mayorazgo de eternidad, remedio y sacrificio único de todos los pecados y pecadores que fueron, son y serán en el mundo. Su prisión será nuestra libertad, sus azotes y llagas sanarán las llagas viejas de nuestras conciencias; su corona de espinas nos merecerá ser coronados de gloria en el Cielo, y su santa cruz y muerte será la que matará nuestra muerte eterna y nos dejará heredados en la vida perpetua del Cielo. Cordero manso es, porque viene a salvarnos y a padecer grandes trabajos por comunicarnos sus regalos, su paz, su amor y su gloria².

De Jesús sólo hemos recibido amor, y destaca cómo además con su encarnación no vino a reinar o mandar, sino que vino a quitarnos pecados, a perdonarnos y llenarnos de riquezas espirituales. Miradle bien, consideradle con ojos de fe, que no trae demanda baja, sino empresa de gran estima; no viene a reinar en la tierra el que reina en el Cielo y todo lo manda; no os viene a echar tributo y aprovecharse de vuestra hacienda; a lo que viene es a quitaros los pecados, a perdonar vuestra soberbia, vuestra avaricia y vuestras fealdades para que así seáis hábiles de recibir sus riquezas espirituales, su paciencia, su caridad y sus virtudes, que son las joyas que os viene a repartir³.

² ALONSO DE OROZCO, *Arte de amar a Dios y al prójimo*, Alcalá de Henares, 1570, p. 516.

³ *Ibid.*, pp. 516- 517.

Por esto, nos exhorta a que le amemos y nos indica cómo desea que lo hagamos. Lo que demanda –y con gran justicia– este Rey soberano, y el servicio que a todos pide, es que pues él os crió y redimió, y os amó con tanto exceso que dio su vida por nosotros, que le améis de todo corazón, con toda vuestra alma y con todas vuestras fuerzas: deuda es muy debida, pagádsela. Y pues mandó en su ley que al jornalero se le pagase su trabajo el mismo día y no le dilatasen su salario hasta mañana, más razón es que al que así os amó y con tales obras testificó cuánto os amaba que hoy luego le déis amor por amor, no dilatando la paga y diciendo, como dicen los ingratos pecadores, cuervos denegridos: mañana, mañana, y nunca llega aquella mañana para amar a Dios⁴.

Este amor viene del cielo y nos es regalado. Hay que buscarlo, poseerlo y gustarlo en esta vida. El amor santo maná dulce es, fruta que del Cielo viene, y hase de coger luego hoy; en esta vida se ha de buscar, poseer y gustar, porque mañana, que es acabada la vida, no hallará el pecador este manjar delicado: hoy se ha de coger y hoy se ha de comer⁵; ya que con este amor recibido hay que actuar y obrar su santa ley.

En esta vida hemos de amar a Dios y con el amor obrar su santa ley. Muy bien dice San Gregorio que el amor de Dios no sabe estar ocioso. La caridad si es verdadera, cosas grandes obra, y lo mismo dice nuestro Padre en su Manual. El amor nada dice ser imposible, a todo acomete y todo le parece fácil: es la razón, porque confía en el que ama, Dios omnipotente, a cuyo poder nada se resiste y delante de quien todos los hombres son como si no fuesen, flacos y de ninguna virtud⁶. Además este amor nos hace fuertes.

Oh cristiano, si quieres ser fuerte ama al fortísimo Dios; que la Esposa dice en los Cánticos: ser fuerte el amor como la muerte. El amor mundial y vano cobarde es, y flaco, abatido y sin virtud, porque es una pasión acelerada que desvanece como humo en un punto (cual tiene el fundamento, tal es su ser), su cimiento es la carne, a quien

4 *Ibid.*, p. 517.

5 *Ibid.*, p. 517.

6 *Ibid.*, pp. 517- 518.

llama Isaías heno: sobre paja, ¿qué edificio será firme? Más el amor de Dios (como adelante se dirá) es animoso y esforzado Sansón que da con las dos columnas en tierra, venciendo al mundo y a la carne y ganando de todos sus enemigos glorioso triunfo⁷.

1.2. Todas las criaturas nos dicen que amemos a Dios

Todas las criaturas nos predicen, persuaden y dicen que cumplamos este gran mandamiento, amando a Dios⁸.

Ellas nos recuerdan la ley inscrita en el interior de todo lo creado, especialmente en el hombre: Dios desea nuestro amor ardientemente.

Tanto es el deseo que la suma bondad tiene de nuestro amor (teniendo allá en el Cielo tantos amadores, tantos ángeles, tan sabios, generosos, santos y gloriosos) que tuvo por bien de tomar esta demanda y venir al mundo, para que a los tibios hijos de Adán, con palabras amorosas y con obras caritativas, los inflamase en su amor. Así su soberana clemencia lo declaró cuando dijo: Fuego vine a echar en la tierra, ¿qué es lo que yo quiero, sino que arda? Oh, caridad eterna, ¿quién basta a pagar la deuda que a esa soberana e infinita bondad se debe, sino ella misma, amándose a sí misma? Si la bondad tasada y limitada, como lo es la de cada criatura, pide y se le debe finito amor, a la bondad no limitada que sois vos amor infinito se le debe, y éste ninguna criatura ni todas juntas se le puede dar. En manera que vos (mi Dios) os pagáis a vos mismo la deuda que se os debe de amor infinito. ¿Qué hambre es ésta que tenéis de ser amado de estos gusanitos, hijos de Adán, a los cuales venís a encender en vuestro santo amor?⁹

Lo desea no porque él lo necesite, sino porque lo necesitamos nosotros. Por eso se dirige al mismo Dios: Oh, mi buen Jesús, que no vuestra necesidad, sino la nuestra, os ha traído del Cielo a la tierra para comunicarnos vuestro amor santo y derretir nuestras entrañas; con vuestra caridad os hicisteis nuestro hermano, nuestro compañero en este destierro, nuestro pasto y nuestro pastor. Fuego es vuestro

7 *Ibid.*, p. 518.

8 *Ibid.*, p. 518.

9 *Ibid.*, pp. 518-519.

amor, que levanta el corazón al Cielo, sube los deseos a cosas eternas y menosprecia las honras e intereses y deleites terrenales como cosa vil y sin provecho. Fuego es vuestra caridad que purifica las almas, consume toda escoria de pecado y las hace resplandecer más que el Sol. Este fuego hace que nuestros deseos sean fervorosos y que jamás haya tibieza en obrar vuestra santísima ley¹⁰.

Realmente el Señor es fuego que prende a cada hombre y a la Iglesia Santa.

¡Oh fuego celestial, pues vienes a quemar la tierra, abrasa este mi corazón terreno, pesado y aplomado a las bajezas temporales! ¡Oh fuego divino, tan poderoso, que no sólo a los corazones, que son yesca o leña, inflamas, más aún a la tierra pesada y lodosa abrasas! Abrásame luego la llama dulce y virtuosa de tu amor.

Vos sois, Señor, aquel varón (que...) por mandado del Padre os hicísteis hombre en las entrañas de la Virgen, nuestra purísima Madre, y entrasteis debajo de las ruedas de las penalidades de esta triste vida, padeciendo hambre y sed, dolores, afrentas y grandes trabajos. Y, finalmente, llenásteis las manos de brasas encendidas, siendo enclavado y llagado para que, con tales brasas de amor, encendiésedes toda Jerusalén, que es esta santa Iglesia Romana, amada Esposa vuestra. Testigos de estas brasas son los Apóstoles, sobre quién enviásteis aquellas lenguas de fuego el día santo de Pentecostés; y aun testigo es Santo Tomás, que aunque no quería antes creer vuestra gloriosa resurrección, en tocando esas manos santas, llenas de fuego de caridad, se le abrasaron sus entrañas, en tanto que a gritos dijo, sintiendo aquel fuego divino: Vos sois mi Señor, y sois mi Dios; adonde os confesó Dios, y hombre, Criador y Redentor suyo, y nuestro¹¹.

Insiste en que sólo Dios puede prender nuestro corazón para que le amemos.

O si dijese ya con el santo rey David: Mi corazón está inflamado, y en mi meditación arde fuego. Obra grande es ésta, sólo vos la podéis obrar en mí: usad de liberalidad conmigo y hacedme luego esta

10 *Ibid.*, p. 519.

11 *Ibid.*, p. 520.

merced. O, cosa muy de notar, que sólo nuestro Dios nos despierta a que le amemos¹².

También las criaturas son lenguas que nos hablan para que no nos paremos en ellas, sino que busquemos a Dios. Todas a una voz dicen aquello que David dijo en un salmo: El Señor nos hizo, que nosotras no nos hicimos. El oro, la plata y perlas preciosas; las flores con su hermosura, los Cielos y el Sol y estrellas con su resplandor, todas afirman y dicen: hechura somos de Dios, guiones que os enseñamos a vuestro Criador, pasad adelante, no perdáis tiempo ni reposéis hasta conocer, y conociendo, amar al Omnipotente Dios que este hermoso universo crió. (...) Dichosa el alma que oye este lenguaje y gusta de esta dulce música de noche y de día¹³.

Por eso, bienaventurado el cristiano que no escucha las voces del mundo; y por el contrario desventurada el alma que sólo busca y ama deleites, honras y riquezas del mundo.

Bienaventurado el cristiano que ha ensordecido al mundo y sus vanidades, y goza de estas suaves voces que dan los Cielos y la tierra, y elementos, poniéndonos demanda tan justa, tan preciosa y fácil como es amar a nuestro Señor y Redentor; y desventurada el alma que no tiene cuenta sino de buscar y amar la vileza y bajeza de los deleites, honras y riquezas del suelo. Esta tal esposa es adúltera, pues olvida a su esposo y quiere más a la criatura que al Criador, al siervo que no al Señor, el cual no cesa jamás, como celoso amador, de amarnos y de exhortarnos que le amemos, deseando, para nuestro provecho y gran gloria, que le demos nuestro amor¹⁴.

1.3. Debemos amar a Dios porque es nuestro Señor

Dios y las criaturas nos amonestan a amar a nuestro Creador y Señor. Como nuestro Señor crió al hombre capaz de razón, y le dio tanto privilegio que ni los Cielos ni criatura visible le usa sino él, tiene estilo muy usado de tratar con los hombres, persuadiéndoles por

12 *Ibid.*, p. 520.

13 *Ibid.*, pp. 520-521.

14 *Ibid.*, p. 521.

vía de razones. Allá, quejándose de la ingratitud de su pueblo, dijo por Miqueas: Pueblo mío, ¿qué te he hecho yo, o en qué te he sido pesado? Respóndeme. Y a los que perseguían a Cristo, Dios y Señor nuestro, dijo él: Muchas buenas obras he hecho entre vosotros, ¿por cuál de ellas me queréis apedrear? Ea, hombres de razón, dad razón por qué me deseáis matar. ¿Porque sano vuestros enfermos? ¿Porque resucito vuestros muertos? ¿Porque os enseño el camino del Cielo y os declaro la voluntad de mi Padre? Este mismo Señor mandándonos que amemos a Dios nos da luego la razón, antes que se la pidamos, y la razón es que sólo él se precisa de este título: Yo soy Señor (dijo él) y no hay otro. Yo soy Señor, cuyo señorío es eterno y cuyo imperio no tendrá fin¹⁵.

¿Cuál tiene que ser nuestra respuesta a este Señor?

A este gran Señor, cuya majestad y grandeza no tiene término, has de amar, cristiano; el que te dio el ser, te hizo con sus manos y te plasmó y, por tanto, le debes todo lo que eres y todo lo que puedes. Vaso eres noble de aquellas poderosas manos formado y no comoquiera hecho, sino a su imagen y semejanza. ¿Qué cosa más justa y más asentada en buena razón, y aun más usada, que servir al platero el vaso de oro que él por su arte labró? Oh cristiano, tu Artífice es Dios, no ángel, no serafín, que ni supiera ni pudiera criarte; ama a tu Señor Dios. Si el hortelano, que plantó el árbol en su huerta, tiene el derecho, el Señor de la hoja, de las flores y de la fruta, ¿por qué el Criador del mundo, que de nada te hizo y te puso en el vergel de este mundo, no querrá que tus deseos, palabras y obras sean para su santo servicio? Flores son, y azahar oloroso, los *deseos santos*; las *palabras buenas* son la *hoja saludable* que has de tener; las *obras niveladas* por la ley de Dios *frutos* son graciosos que para su plato quiere el Rey celestial Señor tuyo; ¿no sabes que el mismo Señor dijo a sus discípulos: Mirad que os puse yo para que llevéis fruto y para que vuestro frutopersevere? (...) Aquí no tiene el pobre excusa, no el enfermo; no se puede nadie sentar ni alegar excusación: a todos obliga esta ley de amor y a todos quiere sujetos a su santo y suave yugo. Oh cosa admirable, que aunque en riquezas y en dignidades quisiera el Señor que fuésemos desiguales en esta

15 Ibid., p. 522.

vida: en ser libres para amar, a todos nos igualó; el alto emperador y el pequeño labrador, el pobre y el rico todos andan debajo de esta ley santa y a todos se dice: amad a vuestro Señor y Criador¹⁶.

El Señor nos pide someternos a la misma ley de amor ángeles y hombres. ¿Y en qué consiste?

Mandaba Dios en su ley que el ciudadano y el peregrino viviese debajo de una misma ley. ¿Quién es el ciudadano, sino el ángel que nos guarda, de quien dice Cristo que siempre ve el rostro de Dios amando y loando a su Criador? Pues esta ley de amor manda nuestro Rey celestial, que guarden los peregrinos hijos de Adán y que amen contemplando por fe a su Criador y Señor en tanto que viven, para que después de esta vida le gocen y amen al descubierto, viendo su divina Esencia en la gloria¹⁷.

Nos advierte que no podemos amar a dos señores: amamos a Dios o amamos al demonio. Y a quién amamos, servimos. Y es de notar que aún el Señor nos dice que amemos, y no a dos: porque no es posible servir a dos señores: al demonio y a Dios; al mundo y al Criador del mundo; bandos contrarios son: no se pueden juntos amar. ¿Qué compañía hay, dice el Apóstol, o qué similitud, entre las tinieblas y la luz o entre Cristo y Satanás? El uno es Señor natural y el otro es tirano; el uno benigno y manso, el otro terrible y cruel. Mira, hombre, a quién amas y sirves¹⁸.

1.4. Dios ha de ser amado por su gran liberalidad y bondad con nosotros

Si en cualquier relación interpersonal, recibir amor despierta en nosotros el deseo de responder con amor... nos dice S. Alonso que conociendo la gran liberalidad de Dios con nosotros quedará probado cuánto debemos amarlo y qué ingratos y traidores somos si no lo hacemos.

16 *Ibid.*, pp. 522-523.

17 *Ibid.*, p. 524.

18 *Ibid.*, p. 524.

Amarás al Señor Dios tuyo de todo tu corazón. Habiendo visto (...) cómo debemos amar a Dios, porque es gran Señor y que no hay otro Señor sino él, Criador y gobernador de todo el universo; y cómo el demonio es un tirano al cual los pecadores sirven para su gran trabajo y condenación, olvidado el verdadero Rey y natural Emperador que de nada nos crió a su imagen y semejanza, ahora será bien tratar en este capítulo cuán liberal Dios tenemos, porque, conociendo su liberalidad grande para con nosotros, quede probado cuánto le debemos amar y cuán ingratos y traidores son los malos que a tal Señor no aman de todo su corazón¹⁹.

Apoyándose en la palabra de Dios invita a que si deseamos saber quién es el Señor, nosotros mismos y cuál es el camino del cielo, no preguntemos a los filósofos, ni hechiceros o encantadores. Santiago dice que el que tuviere necesidad de sabiduría, que la pida a Dios, el cual da y hace mercedes con gran abundancia y sin jamás dar en rostro ni vituperar al que las recibe. Esto es decir que si deseamos saber quién es nuestro Señor y quién somos nosotros, y aun si queremos atinar el camino del Cielo para donde fuimos criados, que no lo preguntemos a los filósofos de la tierra, gente soberbia, que ni hallaron para sí este camino ni le supieron enseñar a otros²⁰.

Pero en este proceso necesitamos la ayuda del ayuno y la oración ya que estos nos preparan para acoger el Espíritu Santo, la sabiduría de Dios. Ayunando y orando los Apóstoles, y estando encerrados, y recogidos en el cenáculo de Sión (¡oh traidor demonio embaucador!), recibieron al Espíritu Santo, sabiduría eterna, y luego fueron hechos excelentes teólogos, que con su sabiduría espantaban al mundo. Salomón, el mayor sabio que hubo en Israel, antes y después de él, orando alcanzó de Dios aquella ciencia admirable; luego, bien dicho está que el que quisiere salir de ignorancia que se vaya a Dios, piélago sin suelo de ciencia, de virtud y de bondad, porque es el liberal Señor que da con mano franca y reparte sus tesoros magníficamente con los que le sirven y aman²¹.

19 *Ibid.*, p. 525.

20 *Ibid.*, p. 525.

21 *Ibid.*, p. 526.

La bondad se comunica y eso es lo que hace Dios con nosotros: nos comunica su bondad.

Muy bien dijo San Dionisio de vos, Señor, que la bondad es dadiosa y se comunica. Vos, bondad infinita, repartiste con todas vuestras criaturas grandes riquezas; más en este mundo visible el mejorado más que en tercio y quinto vemos que es el hombre retrato, de vuestra mano sacado, a quien todo lo criado sirva para obligarle a que él por todo os alabe y por todas las cosas os dé gracias y os ame con todo su corazón y con todas sus fuerzas²². (...) ¡O riquezas admirables, o dones divinos de gran estima que te ha dado tu Señor y Criador!; considéralo profundamente, cristiano. Tres maneras de bienes has recibido de la mano de este poderoso Rey: *bienes de naturaleza* te dio cuando te hizo a su imagen y semejanza: *los de gracia*, que son mejores, te comunicó cuando te infundió la fe, esperanza y caridad en el santo bautismo; *los bienes de gloria* te dio, cuando te promete que, si guardares sus mandamientos, te dará la vida eterna. Y digo que te dio estos bienes de gloria, aunque no los posees, porque su promesa es tan cierta como si ya te los hubiese dado; pues si por ti no faltare, jamás por él faltará lo que tiene prometido. (...) Sus dádivas quebrantan penas, ¿por qué no se ablanda y enternece este mi empedernido corazón, amando sobre todas las cosas al que es mi Señor y liberalísimo repartidor?²³

Por eso la respuesta del hombre ante Dios sólo puede ser la de amarle. Este oro del amor de Dios no se halla en el mundo, no lo podemos los hombres hallar en nuestra casa. ¿Dónde lo buscaremos y hallaremos? ¡Oh gran liberalidad de Dios! Él tiene tienda abierta y nos llama a que nos vayamos a ella para ser ricos con este oro tan precioso. Palabras son que Dios dijo a un pecador: “Tú dices: yo rico soy y no he menester alguno. ¿Y no sabes que eres mísero y miserable,, pobre desnudo y ciego? Yo te persuado a que compres de mi oro encendido, ardiente y, para, cada día dice al oído nuestro Salvador estas mismas palabras. Oh pecador, engañador de ti mismo; tú dices que eres rico y que nada te falta; vuelve sobre ti y verás el ejército de

22 *Ibid.*, p. 529.

23 *Ibid.*, pp. 529-530.

daños que trae consigo el pecado... ¿Quieres ser rico? Yo te ruego que vengas a comprar de mi oro fino... trae moneda de dolor de tus pecados, lágrimas y oraciones, que yo te lo daré²⁴.

El Señor nos pide tan solo que acudamos a Él con lo que nos carga, nos afea... Nos ama con un corazón humano con todo lo que conlleva, sin dejar de ser Dios; y por eso, siente nuestras ofensas y faltas de agradecimiento. Queja es que el Señor hace contra los ingratos, que le ofenden y no le quieren amar, oigámoslas y afrentémonos de lo que dice por Isaías: He sustentado y ensalzado a mis hijos, y ellos hanme dejado y menospreciado. El buey conoció a su poseedor y el asno conoció el pesebre de su Señor, e Israel no me conoció²⁵.

1.5. Debemos amar a Dios porque es Dios y por ello nos redimió, y con la redención nos ha echado cadenas de amor

Dios no deja de dar razones al hombre para amarle y servirle: es nuestro Dios.

Amarás al Señor Dios tuyo. Aquí nos pone delante de los ojos el beneficio altísimo de la redención, que para nuestra salud el Hijo de Dios obró. Siempre fue Dios nuestro, y este nombre usó muchas veces en el Testamento viejo, llamándose Dios de su pueblo, Señor y Rey que le gobernaba y defendía de sus enemigos. Así dijo Moisés: Vuestro Señor Dios peleará por vosotros, no temáis y vosotros seréis testigos y lo veréis. Y otra vez les dijo: Oye Israel, Dios, Dios tuyo uno es. Mas cuando se hizo más nuestro y nos dio mayor posesión de sí mismo fue cuando se hizo nuestro hermano, cuando se vistió de nuestra humanidad en el vientre virginal de su sagrada Madre, tomando nuestros trabajos y miserias, para comunicarnos sus tesoros y riquezas. De verdad, dice Isaías, él sufrió nuestras flaquezas y tomó nuestras enfermedades. ¡Oh, admirable artificio!, ¡oh, extraña caridad! el Señor de los Ángeles, el Criador del mundo, el único Hijo del Eterno

²⁴ ALONSO DE OROZCO, *Historia de la Reina de Sabá*, Antología de sus obras, Fundación Universitaria Española-Universidad Pontificia de Salamanca, Madrid 1991, p. 224.

²⁵ ALONSO DE OROZCO, *Arte de amar a Dios y al prójimo*, Alcalá de Henares 1570, p. 530.

Padre. Éste es hecho hombre para hacernos dioses, participando de Dios en esta vida por gracia y en el Cielo por gloria. El que no cabe en los Cielos y nace niño pequeñito, y cabe en un pesebre, y el que es riqueza de los querubines, se abraza con nuestra pobreza, como dice el Apóstol, para hacernos ricos en el Cielo. Finalmente, el Señor se hace siervo para darnos la posesión del Reino celestial, y el inmortal viene para destruir nuestra muerte²⁶.

Nos muestra cómo la encarnación y redención fueron los medios privilegiados que Dios usó para remediar la perdición del género humano, lo hace apoyado en nuestro Padre San Agustín y Santo Tomás, conciliando así las posturas teológicas agustinianas y tomistas.

Muchos medios tenía Dios para remediar la pérdida del género humano, porque es sabiduría infinita; y como un hombre sabio, cuanto es más avisado, haya más medios para salir con un negocio, así diremos de Dios que tenía infinitos medios para nuestra salvación y poder tenía de tomar la manera que él quisiera. Mas –como dice nuestro Padre San Agustín– para sanar nuestra miseria no había más conveniente medio que la Encarnación y muerte de nuestro Redentor Jesucristo. Santo Tomás, en su tercera parte, da cinco razones por dónde convenía más este medio que otro alguno²⁷.

Sin embargo será para él la contemplación de la Pasión del Señor nuestro espejo, donde podamos mirarnos al verle padecer por nuestro mérito y ejemplo.

Convenía que padeciese el hijo de Dios por nuestro remedio, para que nos fuese ejemplo de padecer en esta vida trabajos, mirándonos como en espejo de su vida y pasión. De aquí es lo que dice San Pedro en su primera Canónica: Cristo padeció por nosotros y dejóos ejemplo que sigáis sus pisadas. Esto es decir: no solamente el Señor padeció para vuestro mérito, sino también para vuestro ejemplo, porque, considerando sus trabajos, dolores y afrentas, le imitéis en padecer por su amor algo de lo mucho que Él padeció. Convenía esta reden-

26 *Ibid.*, pp. 531-532.

27 *Ibid.*, p. 532.

ción, y no otra: porque no solamente Cristo nos librase del pecado, más aún nos mereciese la gracia, que nos justifica²⁸.

Convenía que Cristo nos redimiese venciendo al demonio. Decía San Pablo: Demos gracias a Dios, que nos dio victoria, por Jesucristo nuestro Señor. Él derribó al gigante infernal y le destruyó, como leemos de David animoso, que sólo él osó salir a campo con el filisteo Goliat y le cortó la cabeza con su espada propia²⁹.

Nos muestra cómo en la redención este amor de Dios es claramente misterio donde se declaró la Santísima Trinidad, cada persona con su nombre. Con la misma caridad y amor del Padre, y del Hijo, vino el Espíritu Santo sobre la Virgen Santísima, según se lo prometió el Ángel en Nazareth, para que concibiese al Hijo de Dios sin agravio de su purísima Virginidad. De manera que en la Redención del mundo se declaró el misterio de la Santísima Trinidad, y no por figuras o sombras, sino cada persona por su nombre, Padre, Hijo y Espíritu Santo, cosa bien nueva en el mundo para el vulgo; y porque, según nos dijo San Juan, Dios es amor, y Dios es uno y trino, uno en Esencia y trino en personas, San Pablo dice que cada persona es amor. Dando la bendición el Apóstol a los cristianos de Corinto, dice así: La gracia de nuestro Señor Jesucristo, y la caridad de Dios, y la comunicación del Espíritu Santo sea con todos vosotros, Amén³⁰.

Ha echado al hombre cadenas de amor para sujetarle a su amor. Este Dios tan amoroso no se contentó con echar lazos de amor al hombre para sujetarle a su amor, más aún ingenió unas cadenas de amor para cautivarle en un cautiverio de libertad, y encerrarle y encarcelarle en la cárcel preciosa de su santo amor³¹. (...) Acordó nuestro inmenso Dios de pasar adelante y labrar unas cadenas fuertes para prender nuestros corazones y aprisionarlos en su santo amor para que, tirando él de estas cadenas, nos sacase del cautiverio miserable del pecado y nos uniese consigo por amor. ¡Oh, artificio divino! ¡Oh, sabiduría eterna! Es presa la libertad de los Ángeles en el huerto de Get-

28 *Ibid.*, pp. 532-533.

29 *Ibid.*, p. 533.

30 *Ibid.*, p. 536-537.

31 *Ibid.*, p. 537.

semaní, átanle con cordeles y cadenas por encadenar nuestros corazones con su caridad; atáronle a una columna para azotarle, para que nosotros seamos atados a la columna de virtud infinita Cristo Jesús, con fe, esperanza y caridad. La soga de tres ramales –dice Salomón– con dificultad se quiebra; diría yo: la cadena de tan fuertes eslabones, como son fe, esperanza y caridad, fortísima es y con gran dificultad se ha de quebrar. Finalmente, la corona de espinas, que tanto atormentó aquel cerebro delicado; los clavos de las manos y pies, aquella lanza que abrió aquel divino corazón, arca de nuestras riquezas, ¿qué son sino cadenas más fuertes que de acero con las cuales el hijo de Dios quiso prendernos y cautivarnos en su amor? Oh dichosa el alma que así está presa y atada con tales cadenas de caridad: ésta tal Reina es, Princesa y gran Señora se puede llamar³².

Es tal la fuerza de estas cadenas que nada nos puede separar del amor de Dios. Un amor que nos libera del amor propio y del pecado enseñándonos a vivir alabando siempre.

¿Quién nos apartará de la caridad de Cristo?, ¿por ventura el cuchillo?, ¿el hambre?, ¿o la muerte?; muy bien sé que ni la muerte, ni la vida, ni las cosas presentes, ni las por venir me apartarán de la caridad que está en Cristo. Por aquí entenderemos la fuerza de estas cadenas de amor que Cristo, padeciendo, nos echó la garganta; pues ni el cuchillo ni la muerte bastan para quebrarlas, amemos, hermanos, al Señor y Dios nuestro, dejémonos cautivar y atar con las cadenas de su caridad, fraguadas en su sagrada Pasión, para que digamos con el santo Rey David: Vos, Señor, quebrantastes mis cadenas y a vos ofreceré sacrificio de alabanzas. Quiere decir: prendiéndome vos, Dios mío, con las cadenas de vuestro amor santo, me sacastes de cautivo, que estaba aherrojado con la cadena de mi propio amor y con los grillos y esposas de mis pecados; por tanto, os alabaré y mi oficio será continuamente daros infinitas gracias³³.

32 *Ibid.*, pp. 538-539 .

33 *Ibid.*, p. 539.

II. ¿CÓMO AMAR A DIOS?

2.1. Dios ha de ser amado de todo corazón

¿Pero qué supone un amor así? Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente... ahí tienes el mandato, al mismo tiempo que el modo de amar a Dios. (...) Amarás al Señor tu Dios: he aquí el precepto del amor. Con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente: he aquí, descrito con sutil estilo por el mismo Dios, el modo con que se le ha de amar. Ánimo pues, hermano mío, rompe enseguida toda dilación y ama al Señor porque Él es el que nos hizo, y no nosotros a nosotros mismos³⁴.

El amor de Dios es tan infinito que requiere una capacidad infinita para ser acogido. El amor de Dios toda el alma quiere por aposento, toda la casa y corazón demanda, porque todo lo merece y todo lo quiere llenar con el licor de su suavidad. y no es mucho lo que demanda, pues respecto del que es amado, soberano Bien infinito, lo que todos los ángeles y hombres pueden producir amando no pasa de ser finito, me puede pasar; luego aquella infinita Bondad siempre queda por pagar y pide mayor tributo, queriendo –y con justicia– ser amada infinitamente³⁵.

Y aunque el amor del hombre “es bajo y de poco valor”, para que subiese en quilates y valor nuestro amor y no pecase de vil ordenó nuestro Señor que hubiese mandamiento, el cual levanta en gran manera nuestro amor y le hace ser tan precioso que vale el Cielo; de aquí entenderemos porqué puso el mandamiento que amásemos y honrásemos a nuestros padres, siendo cosa tan natural, aun entre bárbaros, que los hijos amen y honren a sus padres: quiso dar valor de Cielo a lo que es natural para que, amándolos y honrándolos por obediencia de Dios, que lo manda, se nos pague en la gloria celestial. Bien así es natural cosa conocer que hay Dios y, conociéndole, debemos amarle y honrarle, so pena de ser condenados como aquellos filósofos que le conocieron y no glorificaron, como afirma San Pablo; y para que este amor natural que le debemos sea precioso se nos da este manda-

34 ALONSO DE OROZCO, *Certamen de amor santo*, Antología, pp. 220-221.

35 ALONSO DE OROZCO, *Historia de la Reina de Sabá*, Antología, pp. 222-223.

miento; y si la obediencia entre religiosos en la obra buena aumenta el mérito, ¿cuánto más eficacia tendrá el mandamiento de Dios para dar gran valor al amor, aunque de suyo sea bajo? ³⁶

El pecado nos ha enfermado, y ha alterado y distorsionado nuestra forma de amar, por eso Dios nos enseña cómo amarle en la tierra. Mándanos que me améis, dice nuestro Dios, y la manera y arte para saberme amar no quiero que vosotros la inventéis, que sois gente bastarda y tosca y, por el pecado, inhábil; quiero que me améis y esto ha de ser muy de veras, no con parte, sino con todo vuestro corazón. Para que mejor entendamos este arte divino con que nos manda el Señor que le amemos, es de notar que en la Sagrada Escritura la voluntad se llama corazón, porque así como el corazón es el que gobierna y rige a los otros miembros, la voluntad es la que manda a todas las potencia del ánima y a los sentidos del cuerpo; queriendo la voluntad, ven los ojos, andan los pies y obran las manos. Aristóteles llamó a la voluntad reina, a quien obedecen las otras potencias del alma; ella manda al entendimiento y también a la memoria; ella rige y gobierna todo. Cuando Dios dijo: Hijo, dame tu corazón, pidió nuestra voluntad, que le ame. Y cuando el Profeta David dijo: Señor, en todo mi corazón os busqué; no apartéis de mí vuestros mandamientos, quiso decir que con toda su voluntad y afecto andaba en busca de Dios, no con fingimiento, como los falsarios hipócritas; según esto, amar a Dios de todo corazón será amarle con toda nuestra voluntad, con todo nuestro afecto y deseo ³⁷.

Después de hacer un análisis de las distintas potencias del hombre y su función, a la luz de la filosofía aristotélica, nos advierte del peligro de tener el corazón dividido y cómo éste no descansará nunca mejor que en el pecho divino, haciendo eco a S. Agustín, nuestro Padre.

¡Oh desventurados aquellos que parten el corazón aficionándole al mundo, siguiendo sus deleites y vanidades! De éstos dijo el Profeta: dividido está tu corazón, por tanto morirán. No partas el corazón pecador, dáselle entero al que te le dio, ofrécele entero al que sólo le

³⁶ ALONSO DE OROZCO, *Arte de amar a Dios y al prójimo*, Alcalá de Henares 1570, p. 540.

³⁷ *Ibid.*, p. 541.

merece, que es tu Dios: no seas traidor a tu Rey, amando al que es su enemigo mortal. Considera que es poco todo lo que puedes amar al que es bondad infinita, y que solamente en aquel pecho divino se guarda justicia de amor, porque sólo él comprende su infinita bondad. Presenta esa perla preciosa al que te la sabrá y podrá bien pagar con premio eterno, y no la entregues al demonio, pobre, miserable, no al mundo loco y desatinado, no a tu carne encantadora cura sabiduría es muerte, según te avisa San Pablo³⁸.

Usando la metáfora bíblica de la perla para denominar nuestro corazón, nos exhorta a dar todo nuestro amor a Jesucristo, “y éste Crucificado”, como diría S. Pablo.

Da el todo por el todo, da todo tu amor a Jesucristo, que te amó de todo su corazón; ¿no le ves en la cruz levantado, todo empleado en amarte y redimirte? ¿No contemplas aquel cuerpo santísimo con tantas llagas, que no tiene cosa sana, desde la planta del pie hasta la cabeza? Cada llaga una boca de fuego es que conquista tu corazón, y una lengua es que te pone demanda de amor. Toda su sangre, toda su honra y su vida empleó en tu remedio, y no parte de ella. ¿Por qué eres tan tasado para quien no puso tasa a los azotes, bofetadas e injurias que por ti padeció?³⁹

Y nos invita no solo a amarle, sino hasta a anidar en su costado, morando en Él, percibiendo y valorando la vida desde ahí. Y si quieres ver a la clara que te amó de corazón, con todo y no con parte de él, sé paloma y vuela a tu nido y descanso, pues te llama el Esposo, y anídate en aquel pecho sagrado abierto y éntrate en aquel divino corazón, y entrando, di con David: Este es mi descanso perpetuo, y aquí moraré porque le he elegido, que bien decía San Agustín: por los agujeros de aquel santo Cuerpo me son declarados los secretos del Corazón de Cristo; por allí veo manifiesto un gran Sacramento, y conozco las entrañas de misericordia de Dios, el cual nos visitó vieniendo de lo alto; desde aquel homenaje alto verás ser todo el mundo nada, sus intereses y honras; de aquel monte encumbrado descubrirás

38 *Ibid.*, pp. 541-542.

39 *Ibid.*, p. 542.

las celadas y lazos que arma Satanás, y burlarás del astuto cazador de almas, ganando victoria de él⁴⁰.

Citando a los filósofos, en este caso nuestro Padre San Agustín afirma que todas las cosas tienden a su lugar (su centro) y allí encuentran su descanso, como la piedra y el fuego. Así el hombre tiende a Dios, y solo él será su descanso.

Todas las cosas tienen su lugar dedicado adonde reposan, que llaman los filósofos centro, en el cual se conservan mejor que fuera de él: las cosas pesadas, como lo es la piedra, vanse a lo bajo; las cosas leves, como el fuego, vanse a lo alto. De manera que no hay cosa que tenga dos centros, sino uno. Oh, cristiano, ves aquí en buena filosofía que no puedes tener reposo en esta vida y en la otra, porque un centro tienes para tu descanso, y no más, y éste es Dios, el cual dice que vayas a él y que descances en él, amándole de todo corazón; porque si otra cosa amares, y no por él, estarás violentando y en tormento. Palabras son de este Señor aquéllas de San Juan: En el mundo tendréis trabajo y aflicción, y en mí tendréis paz. ¿Quieres, pues, descansar? ¿Deseas reposar, hermano? Ama a Dios de todo corazón⁴¹.

2.2. Hemos de amar a Dios con toda el alma

Amar a Dios con todo el corazón es amarle con toda nuestra voluntad y amarle con toda el alma es amarle con todo nuestro entendimiento. Por eso, amarás al Señor Dios tuyo de todo tu corazón y de toda tu ánima. Habiendo el Señor dado aviso que le demos todo nuestro corazón, que le amemos con toda la voluntad, pues él con todo su corazón nos amó antes que criase el mundo, cuando en sí mismo nos conoció y nos eligió en su Hijo Jesucristo, ahora pide más adelante, y manda, que le amemos con nuestra ánima toda. Bien está lo que algunos entendieron aquí: que el Señor pide el entendimiento para que del todo sirva al amor santo, contemplando y considerando

40 *Ibid.*, p. 542.

41 *Ibid.*, p. 543.

las excelencias y grandezas de su Criador y Señor, y para que, dando esta luz a la voluntad, ame a su Criador y Redentor⁴².

Amamos al Señor con toda el alma cuando el entendimiento se ocupa todo en considerar el gran poder de Dios, su excelente bondad y su hermosura infinita, cuyas centellas, pequeñas son las estrellas, sol y luna, y graciosidad de los Cielos, de las flores, y campos, y esmeraldas y piedras preciosas⁴³.

Recoge el santo, que amar a Dios con toda el alma también significaba amarle con toda la vida. Nuestro Padre San Agustín, en el libro de doctrina cristiana, entiende por toda el ánima toda la vida; y está bien declarado, para que entendamos, que no hemos de servir a señores contrarios, ni hacer alianza con bandos tan diversos, como es Dios y el mundo. No se contenta el Señor, que es Esposo muy celoso, que se le dé parte del tiempo orando, oyendo Misa y Sermón, y dando limosnas, confesando y comulgando, obras excelentes y de gran valor; y que con esto se den horas y tiempo a las vanidades, deleites feos y juegos desatinados. De los tales decía Elías: ¿Hasta cuando cojeáis de entrumbos pies? ¡Oh, gente loca!, ¿cómo ni sois paganos ni buenos cristianos? Partís la vida, queriendo cumplir con Dios y con el mundo; no se puede hacer. Y el Señor dijo en el Evangelio: O haced que seáis árbol bueno o árbol malo. Declaraos de qué bando sois, gente disimulada y engañadora de vosotros mismos. El que ama a Dios de toda su alma no hace partición, ni da parte de su vida al mundo, no cojea de entrumbos lados. Toda la vida, todo el tiempo, todos sus deseos, palabras y obras ofrece a Dios⁴⁴.

Cuando vivimos así, me hace participar de lo que Él es: bondad y belleza. Me hace a mí bueno y hermoso. Acordaos que dijo San Dionisio que el amor es el que mira y se emplea en lo que es bueno y hermoso; sólo Dios es bueno y bondad infinita, ¿por qué no le amáis? Todo lo que es bueno por participación de aquella suma bondad es bueno, luego es la inefable bondad, adonde se ha de emplear vuestro

42 *Ibid.*, pp. 543-544.

43 *Ibid.*, pp. 544.

44 *Ibid.*, pp. 544-545.

amor; él es hermosura eterna y todo lo demás, que es hermoso, es sombra y engaño si paráis en ello⁴⁵.

La apariencia y la vana hermosura pasan, por eso nos señala dónde hay que poner nuestro amor: en el Señor que no pasa. Él es la vida eterna y el amor a quién corresponder.

Salomón lo dijo, y así pasa que es mentiroso el buen parecer y vana la hermosura corporal: descubre esta vanidad la enfermedad cuando viene y la muerte cuando llega, y aun la vejez cuando se acerca; miserable es la hermosura, que tantos peligros tiene, vano el parecer que sobre tan ruin y falso cimiento se funda, porque al fin toda la carne es heno y su gloria y estima como la florecilla del heno. Amad con toda vuestra ánima al que os pide y merece la joya rica de vuestro amor (...) El que no ama a Dios –dice San Juan en su Canónica– en la muerte está⁴⁶.

2.3. Amar a Dios con toda nuestra mente

Pero, ¿cómo hemos de amar a Dios con toda la mente?

San Alonso conocedor de la filosofía y cultura clásica cita a Platón y su concepción del amor expuesta en “el banquete”. A partir de esto, reflexiona sobre cómo a veces rechazamos el amor santo y tomamos el amor vulgar. Afrenta de gran consideración digna es todo lo que ha dicho, para que los amadores del mundo anden corridos de sí mismos y afrentados, pues dan de mano al amor santo y celestial y toman el amor vulgar, vil y desventurado que es el de los vicios, (...) si este amor loco arrebata todo el corazón, toda el ánima y toda la memoria, cautivando todo el hombre en aquella vanidad que ama, ¿por qué el amor caritativo, el amor santo, puro y celestial no demandará aposento entero en el ánima cristiana?⁴⁷

Se apoya en nuestro Padre San Agustín para afirmar que hay que amar a Dios por ser amado, sabiendo que son bienaventurados los

45 *Ibid.*, pp. 546.

46 *Ibid.*, pp. 546-547.

47 *Ibid.*, pp. 548-549.

que le amaren. Sigue diciendo en qué consiste amar a Dios con toda la mente. Mente se llama lo más alto y excelente de nuestra alma, que San Pablo llama muchas veces espíritu, y con éste quiere nuestro Señor ser amado; podemos también decir que aquí pide memoria continua de quien él es, y de los beneficios que nos ha hecho y cada momento hace; y así dijo él en su ley, hablando con su pueblo: Con diligencia te guarda, que no te olvides de mí⁴⁸.

Dios no necesita nuestro amor pero le duele que perdamos la vida que desea regalarnos.

¿Qué necesidad tienes de mí, ni de mi memoria?; yo no valgo cosa sin ti, y tú eres quien eres en eternidad, solo y acompañado, uno en Esencia y trino en personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo; tú, Señor, eres felicísimo en ti mismo, a nadie has menester y todos tienen necesidad de ti, en tanto que cosa alguna no sería si tu virtud admirable no la conservase en el ser que le diste; ¿para qué te quejas, que los gusanitos hijos de Adán te olvidan? Éstos son los que pierden por ser ingratos, ellos los que se hacen indignos de tus riquezas, déjalos, no des quejas de ellos. Anda (dice el Señor), que soy tu Criador y hícelos para que amándome les dé la vida eterna; soy su Padre, y siento mucho su perdición; quéjome que, siendo la vestidura rica de su gloria, me pongan en olvido; si mi amor no los cubriere, faltárales la vestidura de su boda y serán echados cautivos de pies y manos, aherrojados, en las tinieblas del infierno, como aquel mal vestido que entró a las bodas del hijo del Rey. Si no se acuerdan de mí, si me olvidan muchos días y les corta la triste tela de su mala vida la muerte, muriendo en pecado mortal, no les daré aquella estola primera que mandé vestir al pecador hijo pródigo, que se convirtió a verdadera penitencia; por esto me quejo de ellos y me quejaré siempre, que me olvidaren y fueren ingratos⁴⁹.

No deja de darnos imágenes y metáforas muy gráficas en las que nos indica lo que es el amor a lo banal y la docilidad que tendría que tener nuestro corazón a la acción de Dios. No te derrames, amando diversas cosas, pues todas son moscas que vuelan en el aire: deja el

48 *Ibid.*, p. 549.

49 *Ibid.*, p. 550.

amor de toda criatura y empléate en el amor del Creador. Ablándese tu corazón, como cera al fuego, cuando sus misterios oyeres y sus palabras santísimas sonaren en tu oído. No te debes endurecer por tibieza y descuido, si, pues todas las criaturas te despiertan para que te llegues al fuego del santo amor⁵⁰.

Amamos a Dios con toda la voluntad, el entendimiento y también con nuestra memoria. De este modo nos muestra que a Dios hay que amarle con todas nuestras potencias. Así introduce un tema de gran valor para él como antes lo fue para San Agustín: qué hizo Dios para despertar en nosotros su memoria. Nuestro inmenso Dios y para que jamás de él nos olvidásemos, dice nuestro Padre San Agustín que nos crió a su imagen y semejanza; hizo como un esposo que en gran manera ama a su esposa y se parte para Indias: déjale un anillo y en él una medalla, retrato suyo, para que, viendo la imagen del esposo, de noche y de día, jamás la esposa se olvide de él, deseando su presencia con gran deseo. Bien así nuestro Dios, para que con ojos de fe en esta vida le contemplásemos y tuviésemos memoria de él, hizo un retrato de sí mismo, criando nuestra alma a su imagen; e hizo un engaste uniéndola con este cuerpo mortal, porque en tanto esta peregrinación durare, recogiéndose el alma dentro de sí misma, halle allí la imagen pintada de su Criador, el cual con su mano propia en ella se retrató⁵¹.

La memoria que hemos de tener de este amor santo, es un tema tan relevante para él, que le dedica una obra completa, *Memorial de amor santo*.

En este Arte de amar a Dios baste tener entendido que los Santos aquí se desvelaron mucho, y en esto trabajaron con gran cuidado, en traer en todo lugar y tiempo presente al Señor; y que sea aviso muy antiguo éste que Dios dio a los que mucho privaron con él parece claro en lo que Dios dijo a aquel gran amigo suyo Abrahán: Anda delante de mí y sé perfecto. Cosa es de notar cómo juntó la perfección con la memoria continua que había de tener Abrahán andando delante de su Criador. Es decir más claramente: para que seas acabado en

50 ALONSO DE OROZCO, *Memorial de amor santo*, Antología, pp. 218-219.

51 ALONSO DE OROZCO, *Arte de amar a Dios y al prójimo*, Alcalá de Henares 1570, p. 551.

virtud y perfecto en santidad, acuérdate siempre de mí, camina en mi presencia; que si de mí no te olvidares, alcanzarás gran perfección⁵².

Si olvidamos a Dios seremos como pez fuera del agua y estaremos abocados a la muerte.

Maravilla es cómo olvidamos a Dios, siendo él en quien tenemos vida y nos movemos, y en quien tenemos ser, según nos dice San Pablo: el pez en el agua tiene vida, y en ella se mueve, y en ella nació. Oh, ánima, ¿cómo cabe en ti olvido del que es tu vida, tu ser, tu movimiento? Tu Dios mar Océano es, sin costa y sin suelo; pez pequeño eres tú y en este mar vives: él te sustenta el ser que te dio, y los actos de vida que ejercitas en este mar los obras⁵³.

En todo lo que recibimos de Dios se da Él mismo. En el pan que comes, y en el agua que bebes, y en la luz que te alumbra, y en la vestidura que te abriga, y en todo lo que te sirve habías de ver al Padre celestial, que te lo da, según dice San Basilio: porque no tan solamente son dones que te envía; más aún el mismo Dios viene en ellos y con ellos, pues como ya declaramos, su Esencia, y su Potencia, y su presencia en todas las cosas criadas está. Y si dejase de estar en ellas, luego dejarían de ser y se volverían en nada; considera, pues, con cuánta razón te dice: Amaras a Dios, Señor y Criador tuyo, con todo tu corazón, dándole toda tu voluntad, y le amarás con toda tu ánima, ofreciéndole todo tu entendimiento y toda tu vida; y, finalmente, le has de amar con toda tu memoria, no olvidando tan piadoso Padre y acordándote de tan dulce Esposo, que dentro de ti esculpió su imagen para que siempre te acuerdes de él, siempre le ames y sin cesar le alabes y glorifiques como a tu Criador y Redentor⁵⁴.

III. ¿CUÁL ES EL MANDAMIENTO MAYOR?

Sin lugar a dudas el mandamiento del amor de Dios es el mayor. El Santo nos da las razones de por qué lo entiende así:

52 *Ibid.*, p. 551.

53 *Ibid.*, p. 552.

54 *Ibid.*, p. 552.

La primera razón que da, la apoya en el Magisterio paulino: San Pablo dice que la caridad es más excelente que la fe y la esperanza; todas son virtudes teologales, todas tienen por objeto a Dios; mas en el Cielo cesará la fe cuando veamos a Dios en su esencia, que es el premio de la santa fe, y también cesará la esperanza, teniendo la posesión de la gloria que esperábamos; mas la aridad, por ser tan excelente, no cesará, antes será más perfecta porque amaremos al Señor teniéndole presente, al cual amábamos acá como en ausencia, adorándole y sirviéndole en fe; y es de notar que más moverá a nuestra ánima un quilate de amor en presencia de Dios, viendo su esencia, que acá muchas onzas viéndole en fe⁵⁵.

La segunda razón que argumenta es que este mandamiento del amor de Dios es el mayor porque es la vida de todas las virtudes. No tiene vida la fe sin la caridad, muerta está en el alma, y no basta para salvarse el cristiano con fe sin amor de Dios; la esperanza también está muerta, si la caridad no la resucita. Lo mismo hemos de decir de las virtudes morales, que son sin mérito de vida eterna sus actos. Todo esto proviene por falta del amor de Dios. Esto quiso decir San Juan: El que no ama muerto está. Y San Agustín dice: perdida es la vida que vive el que no ama a Dios. No quiere decir que las limosnas y obras buenas que hace el cristiano estando en pecado mortal sean sin provecho; mucho valen para disponerse el alma a recibir la gracia divina y para salir del pecado. (...) Con un poquito de aceite que tenía aquella viuda Sunamitis en su casa pagó todas sus deudas y se hizo rica. Oh, dichosa el alma que tiene un poquito de amor de Dios, que por poco que sea bastará para que Dios la perdone todos sus pecados y para que sea bienaventurada; y desdichada el ánima que no tiene aceite de caridad, que como las vírgenes locas, aunque llamen a Cristo Señor, Señor, dirá él que no las conoce y quedaranse fuera del Cielo⁵⁶.

En tercer y último lugar, nos muestra cómo este mandamiento excede a todos porque aun a las cosas pequeñas hace grandes y de gran valor. Poco dio aquella viuda para la fábrica del templo, dos cornados fue su ofrenda, según el Señor nos dice en el Evangelio; y dio más que

55 *Ibid.*, p. 553.

56 *Ibid.*, pp. 554-555.

todos los ricos que daban oro y plata, porque si dio poco en cantidad, diólo con gran caridad, y allí pone los ojos principalmente Dios. Oh, cosa admirable, un vaso de agua fría dado por amor de Cristo dice él que tendrá premio y gran valor. ¿Qué es aquella pesa que tantas veces repite Dios en su ley, la cual estaba en el santuario, sino este amor de Dios? Todo vaya pesado, dice el Señor, no por la pesa del vulgo, sino por el peso de mi santuario; todas nuestras obras pesadas han de ser delante de Dios, y tanto serán estimadas cuanto más llevaren de caridad⁵⁷.

No hay fuerza mayor que el amor, que vence al mismo Dios. En el combate del amor aquel es más fuerte, hermano, que es superado por el amor. Así dice muy bien San Bernardo: solo el amor triunfa de Dios. Vencido por el amor creó al hombre; compelido por la caridad el Hijo de Dios se hizo hombre, padeció tantos trabajos y finalmente murió en la cruz, diciendo Zacarías: por las entrañas de misericordia de nuestro Dios, en las que nos visitó el que procede de lo alto. ¿Y cómo extrañarnos de que Dios mismo sea vencido por la caridad, siendo Él mismo caridad? (...) Es tan grande la fuerza de la caridad y tan sorprendente su violencia, que triunfa no ya sólo de los hombres sino del mismo Dios, que por ser amor se deja subyugar gustosamente por el Amor. Si deseamos vencer a Dios como Israel, es necesario que luchemos con ferviente oración e inflamada caridad. Esto podremos hacerlo fácilmente si tenemos siempre presente a Dios, fijando en Él la aguda mirada de nuestra mente y amándole con lo más íntimo de nuestro corazón⁵⁸.

Ni hay amor más grande que el de amistad. El amor más alto y más fino, y que no puedes subir más en quilates, es este que llaman los doctores amor de amistad, el cual consiste en un solo: amar a Dios sin otro respeto más que porque es bondad soberana, Santidad eterna y Sabiduría no limitada; y así dijo David: alabanzas al Señor porque es bueno... y porque el amigo se goza de la prosperidad de aquel a quien ama, nuestro gozo principal ha de ser ver a Dios en el cielo tan poderoso, tan rico, tan sabio y tan bueno para con todo lo que él creó. Esta es

57 *Ibid.*, p. 555.

58 ALONSO DE OROZCO, *Certamen de amor santo*, Antología, p. 221.

la alegría principal de los Ángeles y de todos los bienaventurados, que casi olvidados de la parte que les cabe de las riquezas de Dios, aunque le aman y alaban por las mercedes recibidas, pasan muy adelante, parando en gozarse y gloriarse de que sea Dios quien es; y de tal manera gustan de este amor de amistad que, si menester fuera que ellos se animasen para que Dios sea quien es, Omnipotente y majestad infinita, holgarán de ello. Y así como naturalmente la parte ama y quiere más el ser de su todo, en quien ella tiene ser, que, a sí misma, [así] aquellos amigos de Dios en el cielo aman más el Ser y la gloria de Dios, por quien ellos tienen ser, que a sí mismos y su gloria propia⁵⁹.

Este mandamiento es la única ocupación del Cielo, pero hay que aprender a vivirlo ya en la tierra. En el cielo, será perfecta y acabada esta cara, oro fino de amor de Dios y del prójimo y de nosotros mismos, cuando viéramos al amado y Amador de nuestras almas, Jesucristo. Pero ha de comenzarse aca, en esta Jerusalén la militante, qué es la escuela donde este oficio que es amar a Dios se aprende, para el cual fuimos creados; sin este oro que nuestro Salomón a cada paso nos pide, todas las obras, aunque buenas, no tienen valor de vida eterna, como lo afirma S. Pablo⁶⁰.

IV. ¿DOS AMORES O UNO SOLO?

Como buen agustino, la Regla ha configurado su vida, por eso, haciendo eco del Santo Padre Agustín nos dice: Ante todas las cosas, hermanos muy amados, sea Dios amado y después el prójimo (...) No dice nuestro Padre que él da estos mandamientos, sino que ya son dados por mano del omnipotente Dios, y declarados y obrados por nuestro Salvador Jesucristo para nuestro ejemplo⁶¹.

Y el amor al prójimo solo lo entiende como será en la vida eterna: No hay más que dos leyes en el cielo: amor de Dios y del prójimo. Por estas se rige toda aquella ciudad del cielo; todos aman allá a Dios y

59 ALONSO DE OROZCO, *Historia de la Reina de Sabá*, Antología, p. 223

60 *Ibid.*, p. 223.

61 ALONSO DE OROZCO, *Regla*, Antología, p. 235.

también aman a sus prójimos; este es su oficio y siempre en esto entiende (...) Estas mismas leyes son las de la Iglesia, y a ellas las quiso reducir todas nuestro soberano Rey, cuando dijo que el principal mandamiento era amar a Dios, y el segundo, semejante a este, era amar al prójimo como a nosotros mismos... ¡Oh leyes de Dios, leyes venidas del cielo para hacer a los hombres terrenos ciudadanos celestiales! ⁶²

San Alonso explica cómo van unidos el amor a Dios y al prójimo

Habiéndonos el Señor dado arte para amarle a él, de todo nuestro corazón, de toda nuestra ánima y memoria, dice ahora que hay otro mandamiento que tiene gran semejanza con aquel gran precepto, y este es el amor del prójimo. Bastantemente había respondido a la pregunta del Doctor de la ley, el cual no pidió sino de un solo mandamiento; añadió el Señor el segundo mandamiento, deseando proveer en todo y dar también arte, como se ha de amar después de Dios, la más excelente criatura suya, que es el prójimo; y como es imposible amar a Dios y no al prójimo, manifestó el Señor este secreto, juntando él un mandamiento luego con el otro: Este mandamiento tenemos de Dios, dice San Juan, que el que ama a Dios ame también al prójimo. De notar es que le llamó un mandamiento y no dos, por lo mucho que se parecen el uno al otro: son dos hermanos nacidos de una madre y de un hábito de caridad, aunque los actos son diversos y también los que son amados. Otra cosa es, y muy otra, Dios que el prójimo, pues el uno es Criador y el otro criatura ⁶³.

Para mostrar esta unidad entre ambos usa imágenes bíblicas que visibilizan la relación entre los dos mandamientos.

1. Identifica *el maná* con la caridad que hemos de recoger en esta vida.

Mira, hermano, que en el sexto día, que es esta vida, has de amar a Dios y al prójimo, que mañana, después de la muerte, no hay lugar de coger el dulce maná venido del Cielo, que es la caridad; date prisa, coge mucho y con gran diligencia, que te va la vida eterna en cogerle hoy. Mas hay algunos tan mal acos-

⁶² ALONSO DE OROZCO, *Epistolario cristiano*, Antología, p. 231.

⁶³ ALONSO DE OROZCO, *Arte de amar a Dios y al prójimo*, Alcalá de Henares 1570, pp. 557-558.

tumbrados a los manjares de Egipto groseros, ajos y cebollas que hacen llorar a quien los come, que no gustan de este maná, pan de Ángeles, por tener el paladar del alma estragado; éstos dicen como aquellos hebreos ingratos: Muy delicado manjar es éste, no le gustamos, no nos sabe bien, revuélvenos el estómago. ¡Oh!, dice aquí San Crisóstomo: mira la fuerza que tiene la mala costumbre, tienen en la boca el maná dulcísimo, que sabe a todos los manjares, y gimén por la poquedad y mantenimientos de villanos que dejaron en Egipto; el Apóstol San Pablo lo dijo, y así es que el hombre bruto animal no sabe las cosas que son de Dios. Pues ten por cierto, cristiano, que si no cogieres aquí el maná doblado, sino amares a Dios y al prójimo, que no entraráς en la tierra de promisión que es el Cielo⁶⁴.

2. El *espíritu de Elías que pidió Eliseo* a su maestro antes de ser arrebatado en el carro alado.

Este doblado mantenimiento de amor es aquel doblado espíritu que Eliseo pidió con tanto deseo a su Maestro Elías, cuando le arrebató aquel carro de fuego: Padre mío, déjame tu doblado espíritu: averiguada cosa es que la ley de Dios no se puede cumplir perfectamente sin la gracia divina; luego hemos de pedir a Cristo nuestro Maestro, figurado Elías, que para cumplir estos dos mandamientos, que nos dé doblado espíritu y nos comunique su admirable virtud; como no se puede servir a Dios sin Dios, ni ver el sol sin la luz del sol, no se puede amar a Dios y el prójimo sin Dios⁶⁵.

3. La tercera imagen que usa, son *las dos ruedas de una visión del profeta Ezequiel*.

Finalmente, estos mandamientos son aquellas dos ruedas que vio Ezequiel, la una era grande y la otra estaba entallada en ella y era más pequeña. El gran mandamiento del amor de Dios tiene dentro de sí encerrado otro, que es el del prójimo, el cual es rueda menor: rueda es la una y rueda es la otra, y mucho se pare-

64 *Ibid.*, pp. 558-559.

65 *Ibid.*, p. 559.

cen y muy semejantes son, como aquí lo afirma el Señor: todo es amar el alma para cumplirlos, una cosa misma ha de hacer, que es amar. ¡Oh, misterios profundos, para que se declare ser una la caridad que nos inclina al cumplimiento de estos dos mandamientos! Dice Ahora Ezequiel que el espíritu del Señor estaba en entrambas ruedas. No es otra cosa decir que un espíritu de vida moraba en la rueda grande y en la pequeña, sino declarar que es uno el amor de Dios en esencia, y los actos son diversos por los cuales amamos a Dios por sí mismo y al prójimo por Dios que lo manda⁶⁶.

Al manifestar el Señor la importancia del amor al prójimo nos muestra el valor que da a “su imagen” en cada uno de nosotros. Llamar nuestro Salvador al mandamiento del prójimo semejante al de Dios, fue declararnos en cuanto tiene el Señor su imagen, pues quiere que amando al Criador también amemos y honremos su imagen, que es el hombre; y porque el retrato al retratado hay gran similitud, dice ser muy semejante un mandamiento al otro; o, según Orígenes, estos dos mandamientos se parecen tanto uno a otro por el mérito que hay en el cumplimiento de ellos, y porque son como una cadena de dos eslabones que no se pueden apartar uno de otro; y es de notar que este nombre de prójimo encierra a los Ángeles, y a los bienaventurados, y a todos los hombres fieles e infieles y herejes, y a las ánimas de purgatorio... Y aún es nuestro prójimo y hermano Cristo, en cuanto hombre bendito sea el que tanto nos amó y tanto se humilló⁶⁷.

Este amor al prójimo, nos muestra en otra de sus obras, cómo es un camino de ascenso y purificación que se realizará en diferentes etapas. La jornada última en la ascensión al monte de Dios consiste en tener unidad y caridad con el prójimo. El camino es breve...; mas quiérote avisar, para que no te espantes cuando vayamos más adelante, que a la verdad es muy dificultoso y cuesta arriba. Mira que es muy grande la contienda que con nuestro prójimo tenemos, y muy terrible la batalla continua, a causa de las muchas ocasiones que se ofrecen para fácilmente tropezar y despeñarse el hombre si no tiene gran tino:

66 *Ibid.*, p. 559.

67 *Ibid.*, pp. 559-560.

porque no es menester matar a nuestro hermano –como Caín mató a Abel–, ni hay necesidad de robarle la hacienda, ni que otros daños semejantes le hagamos; mas un aborrecimiento solo es bastante para que el alma sea de Dios aborrecida (...) De aquí entenderás un secreto que Dios quiso declararnos cuando, por su mano, dio aquella ley de los diez mandamientos al profeta Moisés. Los tres primeros nos ordenan con Su Divina Majestad (...) Mas cuando nos vino a enseñar la regla y estilo que con nuestro prójimo habíamos de tener, alargó más las leyes y mandamientos y no tres sino siete preceptos nos intimó: (...) para que veas cuán suave y fácil cosa sea cumplir con tan benigno Señor, y cuán trabajoso y difícil cumplir con la obligación que tenemos hacia el prójimo⁶⁸.

Esta manifestación de la caridad tiene que ser la señal que nos distinga a sus discípulos. Mira hermano, que uno es el amor natural, cuya raíz es la similitud de los que se aman, y otra es el amor caritativo que se funda en Dios, por quien debemos amar al prójimo... de manera que, en este amor fraternal, se pueden tener muchos respectos: cómo es, por vía de similitud, que es hombre como yo (soy) hombre; otro, porque es ciudadano de mi ciudad; otro, porque es mi parente o amigo; sobre los cuales añade una Gran Excelencia del amor santo que nuestro Señor Jesucristo aquí nos encomienda, y es amar a nuestros prójimos por haber sido creados capaces de tanto bien como es Dios (...) y para que más estimes, hermano, este amor que el Señor nos encomienda para con nuestros prójimos, has de saber que estas son las señas muy verdaderas que el Señor del Mundo nos dejó para ser conocidos en esta vida, si es que con verdad somos discípulos imitadores tuyos(...). No dijo, como nota San Gregorio, seréis conocidos haciendo milagros, sanando enfermos o resucitando muertos, sino si os amareis unos a otros⁶⁹.

En los capítulos siguientes del Tratado que no podemos desarrollar en este artículo, se preguntará por dónde empezamos a amar. Sugiriéndonos que este amor tiene que empezar por uno mismo para

68 ALONSO DE OROZCO, *Monte de contemplación*, Antología, pp. 236-237.

69 *Ibid.*, p. 237.

que sea auténtico con los otros. Pero... ¿cómo se ama uno sabiamente a sí mismo?

Dando un paso más, por si alguien cae en la tentación de simplificar o reducir a quién va dirigido nuestro amor, se pregunta, como aquel fariseo en el Evangelio, ¿quién es mi prójimo?

Sin embargo, quien se haya lanzado a la aventura del amor al prójimo ha podido sentir cansancio. Así entrará en el reto más delicado que puede encontrar todo hombre si me decido a amar a mis enemigos: ¿qué es lo que hace más ligero el amor a éstos? ¿Por qué hay que tomarse en serio el amor a los que me hieren o persiguen y cómo hay que hacerlo?

V. A MODO DE CONCLUSIÓN. LO QUE NO PODEMOS OLVIDAR

1. Despierta el amor a Dios, nuestro Creador, porque somos obra de sus manos.

Si un pintor hiciese una prima imagen y le diese entendimiento y visita, que al primero que vería sería a su artífice, que la acababa de pintar y que, viéndole, le haría gran acatamiento y le diría: Muchas gracias os doy, maestro mío, que me habéis hecho de estas cenizas y diversos colores; conozco que no tengo caudal para pagar tan gran beneficio, aláboos y os doy muchas gracias por él. Esto dice la razón y la ley de gratitud, hermano, pues vos sois esta imagen y retrato de Dios sacó criándoos a su imagen y semejanza cuanto al ánima, y él os dio ese cuerpo de tierra fabricado y organizado con tanto primor, y os dio entendimiento para que contempléis las grandezas del saber, poder y bondad del Criador⁷⁰.

2. Alaba y da gracias no solo por ser creado sino también sustentado a cada momento.

⁷⁰ ALONSO DE OROZCO, *Arte de amar a Dios y al prójimo*, Alcalá de Henares 1570, p. 587.

Justo es que hagáis cada día vuestro oficio y aun cada hora. Poned los ojos en vuestro Artífice y Criador, y mirad que con el mismo saber y amor que os dio una vez el ser, os le da cada momento, sustentando la obra que hizo en vos por su clemencia. Acá los pintores y artífices hacen la obra y vanse o muérense, no la sustentan, ni son parte para sustentarla; nuestro inmenso Dios lo hace uno y lo otro con gran liberalidad y amor que nos tiene; danos el ser por la creación y susténtanos por su bondad, que no nos aniquilemos⁷¹.

3. Pero también da gracias y alaba por todas las criaturas mudas de la creación que Dios hizo y puso debajo de nuestros pies. Y aun ha de pasar adelante el cristiano y mirar que es obligado a alabar a Dios y amarle por todas las criaturas mudas, Cielos y tierra, y todo lo que en ellos hay, dando a Dios gracias por las mercedes que hizo a cada criatura, pues para servicio del hombre lo crió todo y todo dice David, que lo puso debajo de los pies del hombre, haciéndole Señor de ello. Si un rey diese grandes privilegios a una ciudad, y todos fuesen mudos y tontos, salvo uno, aquél era obligado a dar las gracias al rey por todos y a loar y amar al rey que a toda la ciudad dio aquellos favores. Los cielos y elementos, y todas estas cosas visibles, mudas son, y como tontas, que ni tienen entendimiento ni lengua para alabar a su Criador; sólo el hombre en el universo tiene juicio y lengua; luego no sólo por sí, sino por todas las criaturas ha de loar a su Criador⁷².
4. El Señor desea ser amado con todo corazón, con toda el alma y con toda la memoria, y esto es justo, porque así nos ama Él. Nos dice insistentemente hijo, dame tu corazón. ¡Oh, qué suavidad es para el ánima devota oír cada hora y momento esta demanda! Hijo, dame tu corazón: no te pido el ajeno, que no es tuyo, sino de otro; tu voluntad y amor demando, que es la joya más tuya que posees; pídotelo dado y no prestado, de gracia y no vendido, que de voluntad y no por interés te amo yo; no dés tu corazón al mundo, ni al pecado, que te le atormentará de noche y de día,

71 *Ibid.*, p. 587.

72 *Ibid.*, p. 587-588.

vuélveme la joya que te di, para que me sirvas con él. En la Pasión bendita de Cristo se ha de pensar con reposo quien padece: éste es el hijo de Dios, Señor de todo lo criado; que es lo que padece terribles tormentos y afrentas, por quien padece⁷³.

5. Amar es el mayor mandamiento de toda la ley porque la caridad es la que da valor y vida a todas las virtudes; en manera que como Santiago llama muerta la fe sin obras, así la fe, la esperanza y las otras virtudes son muertas sin amor de Dios: Si diere todos mis bienes en limosna, y si ofreciere mi cuerpo para ser abrasado en fuego, y si no tuviere caridad, nada me aprovecha. Quiere decir que no valen las obras buenas cuando sin caridad se hacen para ganar la vida eterna. El amor es el que da valor a las obras que hacemos⁷⁴.
6. Ama a Dios por Dios mismo, no por los beneficios que te dio. Va mucho en que el cristiano ame a Dios por Dios; esto es decir que sirva a Dios por amor y con amor. (...) Oh, cristiano, aunque no sientas dulzura, trabaja cada momento de producir actos de amor de Dios y gozándote en sus riquezas y amándole para sí, y caerte ha mayor parte de su gloria⁷⁵.
7. La caridad sin obras muere. Por eso «este es su mandamiento: que creamos en el nombre de su Hijo, Jesucristo, y que nos amemos unos a otros tal como nos lo mandó.»⁷⁶

San Alonso es un enamorado de Dios y, como tal, el fuego de la caridad arde en su corazón.

Está convencido, y no solo se trasluce en el tratado de *Arte de amar a Dios y al prójimo*, sino en toda su obra, de que el amor de caridad es la única forma de responder al amor que Dios nos ha tenido primero al crearnos y redimirnos y de que esta respuesta al Creador y Señor solo se hace concreta y veraz cuando da frutos de amor al prójimo. Esta es

73 *Ibid.*, p. 590.

74 *Ibid.*, p. 591.

75 *Ibid.*, p. 592-593.

76 IJn 3,23

la única ley que hemos recibido hombres y ángeles, y que va haciendo de los hombres frágiles y terrenos, ciudadanos del Cielo.

Solo el amor de caridad hace valiosas hasta las más pequeñas acciones y convierte en fuego hasta el hielo. Cuanto más desinteresado sea este amor, (ya sea a Dios por Dios mismo, ya a los enemigos, mayor reto del amor al prójimo); esta caridad se convertirá en un acto de alabanza permanente al Señor por su Bondad, Santidad y Sabiduría infinita, y será entonces cuando haremos de este mundo un anticipo del Cielo. Este sí es el motor del auténtico cambio y transformación en todo tiempo.

Terminamos este artículo como termina S. Alonso el Tratado, volviéndose en oración a nuestro Creador, Redentor y Señor para pedirle el amor de Dios, ya que solo Él puede derramarlo en nuestros corazones.

Oh, Caridad eterna, amor inefable, Dios mío y Señor mío, mándame que te ame con todo mi corazón; dame, Rey mío, lo que mandas y mándame lo que quisieras. Oh, piadoso Padre, dame corazón que te ame, entendimiento que te conozca y contemple, y memoria que siempre se acuerde de tu Majestad sin olvido. Oh, gloria mía, cumple conmigo la promesa que por Ezequiel hiciste a tu pueblo. Yo os quitaré el corazón de piedra que tenéis y dáros he un corazón de carne. Oh, poderoso Criador, quítame este corazón insensible y duro, y dame un corazón blando que te ame. Oh, si dijeses Dios mío de mí lo que de tu amigo David: Hallé un varón conforme a mi corazón. Toma, Señor, mis entrañas, imprime en ellas tu sana voluntad para que aborrezca lo que aborreces y ame lo que tú (Señor) amas. Gloria de los Ángeles, Señor Omnipotente, pues dices que llena el Cielo y la tierra, y así es que en todas las cosas estás por esencia, presencia y potencia, llena mi corazón de tu gracia, porque te posea yo como tus amigos te poseen. Oh, Padre celestial, ocupa mi memoria. Oh, hijo de Dios, Sabiduría del Padre, alumbra mi entendimiento y mora en él para que nada contemple sino a ti. Oh, Espíritu Santo, amor del Padre y del Hijo, emplea mi voluntad y llénala de tu gracia, para que con todas mis fuerzas y corazón y deseo te ame. Oh cuándo diré con la Esposa: llagado soy en la caridad. Saeta dulce, cuchillo de amor suave, traspasa mi corazón, atraviesa mis entrañas luego para que en

mí o quede algún amor de las criaturas. Oh, Padre, ¿cuándo te amaré de todo mi corazón, cuándo me olvidaré del mundo y de mi mismo, acordándome siempre de ti? Oh, mi dulce Esposo, cuándo diré con David: así como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así mi ánima te desea a ti, mi Dios. Oh, Virgen gloriosa, Madre de Dios, Ángeles y Santos del Cielo, ayúdame, alcanzadme esta merced para que ame a mi Dios y le posea por gracia, para que en el Cielo le posea por gloria. Amén⁷⁷.

HNA. MARÍA GARCÍA ROJO, OSA

77 ALONSO DE OROZCO, *Arte de amar a Dios y al prójimo*, Alcalá de Henares 1570, pp. 598-599.

